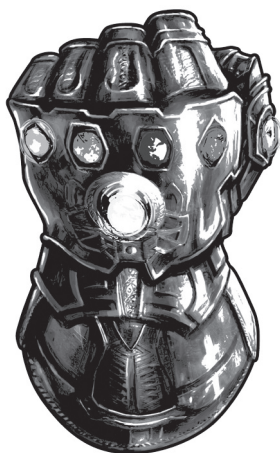




RUMBO A AVENGERS: INFINITY WAR

MARVEL
AVENGERS
INFINITY WAR



CRUZADA CÓSMICA

VOLUMEN UNO: EL COMIENZO

BRANDON T. SNIDER

Planeta
Junior



© 2018 MARVEL

Derechos exclusivos en español para México

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Marvel's Avengers: Infinity War: The Cosmic Quest Vol. 1: Beginning*

Título en español: *Infinity War: Cruzada cósmica. El comienzo*

Textos: Brandon Snider

Traducción: Rodolfo Téllez Girón Vidal

Primera edición en formato epub: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5383-1

Primera edición en México: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5379-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1 7

Capítulo 2 25

Capítulo 3 43

Capítulo 4 54

Capítulo 5 68

Capítulo 6 81

Capítulo 7 99

Capítulo 8 120

Capítulo 9 129

Capítulo 10 149

The background is a deep black space filled with a multitude of white stars of varying sizes. A prominent feature is a bright starburst or lens flare effect on the right side, with numerous thin, white lines radiating outwards across the entire frame, creating a sense of depth and light. The overall texture is grainy, reminiscent of a high-contrast photograph or a digital art style.

PRÓLOGO



En el comienzo, seis singulari-

dades flotaban en la nada. Eran poderosas, pero no tenían forma. Cuando, con un poderoso estruendo, surgió la vida, las seis singularidades extraordinarias tomaron la forma de pedazos de piedra: las Gemas del Infinito. Cada una era la materialización de un aspecto único del universo: Espacio, Tiempo, Mente, Realidad, Poder y Alma. Se dispersaron por todo el cosmos, y cayeron en manos de seres poderosos que las utilizaron para dominar a civilizaciones enteras. Muchos se sirvieron de las Gemas del Infinito, pero nunca nadie se atrevió a reunir las seis.

Hasta ahora.





CAPÍTULO 1

—¡Carina! —gritó el Coleccionista—. ¡Ven aquí ahora!

Su voz retumbó por todo el museo. Acababa de despertar de un sueño molesto después de haberse quedado dormido en la mesa de trabajo. *Otra vez*. Había sido una semana muy larga, y el hombre estaba en medio de una sesión de grabación de sus memorias cuando se adormiló. Revivir los recuerdos, y luego anotarlos una y otra vez, lo mataba de aburrimiento. Una chica entró al cuarto. Era alta, calva y delgada. Como la mayoría de las mujeres zoobaazianas, tenía la piel de color azul rey cubierta de escamas pequeñas y brillantes. Llevaba un vestido plateado muy ajustado que evitaba que se pudiera mover con facilidad. La joven se sentía como si estuviera atrapada en un capullo. El Coleccionista no la dejaba vestirse de otra forma. Cuando la chica se dio cuenta de que había molestado a su amo, hizo un gesto de dolor y se preparó para la reprimenda.

El Coleccionista continuó:

—Te ordené que no me dejaras dormir. —Suspiró—. ¿Es mucho pedir que cumplas mis órdenes?

—Mis más sinceras disculpas, amo —respondió la chica. Sus ojos rojos parpadeaban con rapidez. Era medio ciega—. Pensé que lo mejor sería dejarlo, ya que no ha dormido bien últimamente.

—¿*Pensaste*? —dijo el Coleccionista, atónito—. No te pago para *pensar*.

—No me paga nada, amo. Pero, ¡está bien! ¡Estoy feliz de servirle! —contestó la esclava, que no había comido en todo el día, como era habitual, ya que trabajaba todo el tiempo y no tenía tiempo libre. Eso hacía que estuviera distraída y mareada, algo que trataba de ocultar—. Tengo buenas noticias. Mientras usted descansaba, regué las plantas del museo. Algunos de los especímenes más exóticos necesitaban nutrientes con desesperación. Si no las cuidan bien, se marchitarán y luego...

—¿*Morirán*? Ya lo sé. ¿O crees que no lo sé? —replicó el Coleccionista, y azotó un puño contra la mesa. Las siestas siempre lo ponían de mal humor.

—Por supuesto que sí, amo. Qué tonta soy. De nuevo, mis más sinceras disculpas —dijo la esclava, e hizo una reverencia—. También debo decir, una vez más, que mi nombre no es Carina. Es *Keelan*.

El Coleccionista la miró fijamente. Sabía su nombre, pero no le importaba. Para él, era sólo una esclava con el único propósito de servir.

—Te diré como me plazca —afirmó con una mirada calculadora y despectiva—. No me vuelvas a corregir.

Keelan entrecerró los ojos e hizo una sonrisa de humildad y dolor.

—¿Tuvo otra pesadilla, amo?

—¡Te dije que nunca hablaras de mis sueños! —gritó el Coleccionista, y se tocó un costado de la cara. Se dio cuenta de que estaba cubierto de baba. La secó con el dorso de la mano. Estaba avergonzado—. ¡No me mires!

El hombre buscó en la bolsa de su abrigo y sacó un espejo de bolsillo. Lo sostuvo frente a su cara y vio su reflejo. Tenía la piel amarillenta y los ojos hundidos. El elegante ribete de pelaje de su abrigo carmesí, que alguna vez fue blanco, ahora estaba sucio. Se había convertido en un pálido reflejo de lo que había sido.

—Sólo intento ayudarlo, amo. Es lo único que deseo —insistió Keelan. Su tono era agradable y alegre, los ojos le brillaban—. ¿En qué más puedo ayudarle, mi gran y poderoso amo?

—Prepárame un trago, y luego déjame solo para que pueda seguir documentando mi existencia —dijo él, y sacudió la mano para echarla del cuarto. La chica asintió y se alejó con rapidez. El sonido de sus pasos molestó al hombre. ¿Acaso era su intención volverlo loco?

El Coleccionista se levantó del banco con un gran esfuerzo y miró a su alrededor. Alguna vez tuvo un museo impresionante, pero su colección ya no era tan fascinante. Era un desastre. Por descuido, un *incidente* había destruido su hogar, y todo ha-

bía cambiado. Eso lo llenaba de tristeza y cólera. El Coleccionista miró al techo y entrecerró los ojos. La cubierta estaba negra por el hollín y se caía a pedazos. Cables pelados colgaban en lo alto; tubos que alguna vez contuvieron líquidos exóticos estaban regados por el piso, rotos.

¿Y la armería? Saqueada. Las armas más amenazadoras de la galaxia ya no estaban.

¿Y el increíble y exótico zoológico del Coleccionista? Demolido. Las criaturas de mundos desconocidos habían sido aniquiladas, o simplemente huyeron.

Todo estaba deteriorado. Y era demasiado. El Coleccionista se sacudió el dolor, y se reclinó de nuevo sobre el banco. Había trabajo que hacer. Tal vez podría concentrarse de nuevo si empezaba desde el principio.

Miró el disco hexagonal que estaba en su mesa de trabajo y le dio un golpecito. El sonido de su voz llenó el museo. El hombre se sintió aliviado al instante.

—Mi nombre es Taneleer Tivan. Algunos dirían que soy excéntrico. Y sé por qué. Pero estoy seguro de algo: no soy una buena persona. Ni quiero serlo. Soy un sobreviviente. He vivido mucho tiempo y he visto al universo adoptar distintas formas. Técnicamente, podría gobernar todo lo que existe en él si lo quisiera. He invertido energía y tiempo. Poseo convicción. Pero no me interesa. Mi poder proviene de recolectar los objetos más codiciados de la galaxia. Esta ha sido mi mayor empresa. He atesorado una colección inimaginable de reliquias y criaturas de los extremos más recónditos de la galaxia. Antigüedades úni-

cas. Extraños seres alienígenas. Objetos de gran rareza. He traficado con todos estos objetos. Son mi moneda. Si son importantes en el cosmos, o alguna vez lo fueron, son importantes para mí. Algunas personas están satisfechas con relaciones y las conexiones que establecen con los seres que los rodean. Pero yo no soy uno de ellos. Yo deseo *objetos*. Me dan vida y definen mi existencia, llenan de significado mi mundo. Sin ellos, no tengo ningún propósito. Los objetos son lo que queda de nosotros y contienen nuestra historia: son nuestro legado. Las criaturas vivas siempre son decepcionantes, pero los objetos, si se preservan con cuidado, duran para siempre. Por eso los poseo. Por eso me llaman el «Coleccionista».

El hombre detuvo la grabación. Keelan entró al cuarto. Sostenía una charola grande con un vaso de jugo de phelch. Era una de las bebidas refrescantes favoritas del Coleccionista. Estaba hecha de una especie de vegetales conscientes. El hombre tomó el vaso de la charola con brusquedad y lo bebió de un trago, como si no hubiera bebido nada en días.

—¿Eso te sonó demasiado reflexivo? ¿Demasiado autocomplaciente? —preguntó el Coleccionista, y miró a su esclava—. Dime la verdad.

Keelan se paralizó. Siempre que su amo le pedía que hablara con la verdad, se tensaba por completo. Era una pregunta capciosa. Keelan había aprendido a guardarse un par de respuestas diplomáticas para esos casos.

—No creí que fuera oportuno escuchar.

—Buena chica —contestó el Coleccionista. Su esclava había pasado la prueba—. Mis pesadillas son proféticas, ¿sabes? Estoy seguro. En ellas, me veo devorado por fuerzas cósmicas. Por eso he optado por hacer una crónica de mi existencia en estos discos de memoria. Servirán como una cápsula de tiempo propia. Algo que preserve mi legado para que el universo me recuerde por siempre. He reunido todo tipo de historias y reflexiones en este dispositivo de grabación impenetrable —afirmó, y apagó el disco hexagonal con un golpecito—. Intento encontrar un balance entre el *poder* y la *intriga*. No sé si mi introducción cubre todas las bases. La he dictado más de diez veces, pero aún no estoy seguro de haber capturado mi magnificencia en toda su amplitud.

El Coleccionista se levantó de su asiento una vez más, y comenzó a caminar. Le ayudaba a pensar. O eso creía.

Keelan siguió con la mirada cómo caminaba con rapidez junto a filas de envases y exhibidores vacíos. No era una tarea sencilla: aquel enorme espacio estaba tan oscuro que era difícil ver con claridad entre tantas formas vagas y oscuras.

—¿Le ayudó a buscar algo?

El Coleccionista ignoró la pregunta. No buscaba algo que tuviera, sino algo que había perdido. O varias cosas. El hecho de ver tantas jaulas vacías, una tras otra, lo llenaba de arrepentimiento. Pasaba la mano por los barrotes sin cesar mientras suspiraba. A través de su organización, llamada Grupo Tivan, había reunido un conjunto de objetos exóticos de todo el cosmos: alienígenas de

todos los sistemas le habían ayudado a recuperar artefactos, bestias fantásticas y cualquier cosa que le pudiera gustar. Si quería algo, lo obtenía. Pagaba mucho dinero, lo que lo convertía en una figura respetada en la comunidad. Aunque no siempre le gustaba ir, Knowhere le daba acceso a muchas cosas. El Coleccionista era parte de una red clandestina de comerciantes. Algunos eran repugnantes, pero eso era parte del negocio. Había aprendido a trabajar con ellos, y había abierto una tienda en una remota colonia minera que estaba dentro de la cabeza cercenada de un Celestial.

Después del *incidente*, su posición cambió. Muchos exasociados lo consideraron una burla. Nadie quería hacer tratos con un don nadie. Él gastó sus recursos financieros en un intento por reconstruir su museo. Estaba al borde de la bancarrota, aunque eso no le impedía adquirir nuevos objetos. Siempre tenía un truco bajo la manga.

—Su museo volverá a ser grandioso —dijo Keelan—. ¡Simplemente lo sé!

La actitud positiva de Keelan molestaba al Coleccionista. El hombre agarró un barrote de una jaula vacía y lo apretó tan fuerte como pudo. Le temblaba el cuerpo entero.

—Así es —gruñó el Coleccionista. «No tiene ni idea de lo que he pasado. No sabe lo que he perdido y lo que he sufrido. Hice que este lugar fuera hermoso y, en un parpadeo, un acto insolente y estúpido destruyó milenios de trabajo. Los objetos que le daban significado a mi vida están perdidos o hechos pedazos. Me he quedado sin nada, y ¡aquí está ella con su sonrisa imbécil!». ».

Soltó el barrote. Su rabia desapareció por un momento—. Estoy cansado de tanto palabrerío. Quiero una historia, Keelan. Anímame. ¿Tienes un cuento feliz de tu juventud en Zoobaaz? ¿Algo que me distraiga de esta patética situación?

Keelan se quedó en silencio un instante, perdida en sus pensamientos. Luego su rostro se iluminó.

—Creo que tengo justo lo que necesita. Mi familia era muy humilde. Éramos granjeros y vivíamos lejos de la ciudad. No teníamos muchas cosas aparte de nosotros mismos. En realidad, eso era todo lo que necesitábamos. Mis padres nos criaron a mí y a mi hermana para que fuéramos fuertes y orgullosos. ¡También inteligentes! Me costaba trabajo estudiar. A veces mi pensamiento es confuso, como ya sabrá. Al final de un largo día de escuela, solíamos jugar en los campos. Nos llenaba de alegría ser tan libres. Oh, ¡y la lluvia! La amábamos. Llenaba la zanja hasta arriba, y nadábamos hasta que nuestros brazos no podían más —narró Keelan con un suspiro. Hacía poco había escuchado que Zoobaaz había sido devastado por una misteriosa fuerza, pero eso era todo lo que sabía. Su familia estaba desaparecida, y pensar en que algo malo les hubiera pasado la enfermaba—. Los extraño muchísimo. Pienso en ellos todos los días. *Todos los...*

En el rostro de la chica comenzaron a caer las lágrimas. El Coleccionista hizo un movimiento despectivo con la mano para que se detuviera.

—No, no, no —dijo el hombre, y negó con la cabeza—. Termina la historia. En este museo no hay espacio para divagar, y mucho menos para *llorar*.

Keelan se limpió las lágrimas y respiró hondo. Su rostro pronto estuvo libre de toda emoción.

—Entendido, amo —respondió la chica, y miró a su amo a la espera de instrucciones.

El Coleccionista se sintió incómodo. Luego vio un pequeño estanque lleno de un líquido burbujeante de color naranja, y se dirigió a él.

—Creo que es hora de una inspección —afirmó el Coleccionista, y puso un dedo en el borde sin quitarle los ojos de encima a su esclava—. Está sucio —susurró—. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Keelan hizo su mejor esfuerzo por mantener la compostura.

—Mis disculpas de nuevo, amo. Es muy difícil mantener limpio su museo, de la forma que usted quiere. Verá, sus invitados..., sus ropas están cubiertas de manchas diminutas que se juntan en el aire y luego caen por doquier sin que nos demos cuenta. Esos hombres y mujeres, trotamundos..., esos grandes exploradores, traen consigo partículas espaciales. Nuestro universo se adhiere a ellas y...

—*No pedí una definición del polvo* —gruñó el Coleccionista—. Limpia este lugar de arriba abajo. Y, cuando hayas terminado, te daré otra tarea. Ah, y estos *trotamundos* de los que hablas son en realidad ladrones, forajidos y seres desesperados que venden a sus familias al menor precio. No los confundas con Héroe. Hago tratos con ellos porque *tengo* que hacerlo, y no porque quiera. Nunca lo olvides.

Keelan parpadeó un par de veces con rapidez. Sonreía, aunque no con alegría.